

ha tenido una existencia secular; la unidad romana tenía una fuerza tal, que llegó á sostener, por espacio de diez siglos, un cuerpo sin vida propia, el imperio de Bizancio, mientras que el carlovingio se desmoronó casi á la muerte de Carlo-Magno. ¿De qué provino su rápida decadencia?

Se ha creído encontrar la causa, por unos, en la incapacidad de los sucesores de Carlo-Magno; por otros, en las invasiones de los Normandos, de los Sarracenos y de los Húngaros, como si se quisiera demostrar que pequeñas causas producen grandes efectos. Nosotros no lo creemos así. ¿Eran los Césares griegos más capaces que los descendientes de Carlo-Magno?... Sin embargo, su imperio duró muchos siglos en medio de las invasiones de los Bárbaros del Oriente y del Norte. Las piraterías de los Normandos no han producido la disolución del imperio; más bien constituyen un signo de la debilidad de este imperio, debilidad tal, dice Herder, que se ve uno tentado á tener por un sueño la unidad carlovingia (1).

Otro ilustre historiador ha creído hallar el principio del desmembramiento en la diversidad de las razas: "Carlo-Magno, dice Agustin Thierry, había reunido en una unidad aparente naciones diversas por el origen, por las costumbres y el idioma; pero el aislamiento natural continuó, y para evitar que el imperio se disolviese desde su creación, fué preciso que estuviera poniéndole la mano sin cesar el gran emperador. Mientras que él vivió, los pueblos del Occidente permanecieron agregados bajo su vasta dominación; pero comenzaron á romper aquella unión artificial apenas el César franco descendió, con su manto imperial, al panteón de Aix-la-Chapelle. La contienda de los reyes no era más que un reflejo de la contienda de los pueblos" (2). Hay un aspecto verdadero en la idea de Thierry, por más que la haya formulado con un rigor demasiado sistemático. Se percibe en las luchas que desgarraron los reinos carlovingios un movimiento instintivo del espíritu nacional. La Alemania en masa tomó el partido de Luis el Bondadoso: "El emperador, dice su biógrafo, recelaba de los Francos, tenía

más confianza en los Germanos" (1). La oposición de las nacionalidades era visible. Por la primera vez se ve que los conquistadores de las Galias, confundidos con los vencidos, se dan un nombre distinto del de los pueblos de la Germania: las dos razas se encuentran en los campos de batalla como enemigas, y van á separarse por siempre para llenar cada una su misión. Verdad es que las particiones no consagraron el principio de las nacionalidades. Intereses personales, pasiones y accidentes complicaron el hecho de la disolución del imperio; esos intereses eran los que se ponían en evidencia, y dominaban sobre el trabajo secreto de los pueblos; mas, sin embargo, la diferencia de razas influyó en las particiones; los mismos historiadores contemporáneos lo declaran (2).

Pero el movimiento nacional no era aún más que instintivo; por sí solo no hubiera tenido fuerza bastante para fraccionar el imperio. Las nacionalidades no se manifiestan con poder eficaz hasta fines de la Edad Media; el trabajo de su formación no está aún terminado en el siglo XIX; en el IX no existía más que en germen; imposible que ellas pudiesen ejercer la unidad carlovingia; más bien se puede decir que esa disolución era una condición necesaria para que las naciones pudiesen surgir y agrandarse; si la monarquía de Carlo-Magno se hubiera conservado, hubiera ahogado aquellos gérmenes en su cuna. El desmembramiento fué un primer paso dado para la formación de los distintos pueblos.

Por eso las particiones sucesivas no llegaron á producir las grandes naciones que constituyen hoy la Europa, y la disolución se continuó en el interior de la Francia, de la Alemania y de la Italia. Es el feudalismo, es decir, la extrema división, lo que salió de la unidad carlovingia. Aquel fraccionamiento de la Europa reconocía otro origen más que el de las razas. Cuando un gran imperio se disuelve para dar lugar á pequeñas asociaciones, preciso es que haya causas que impidan la subsistencia de un grande Estado. Ya hemos dicho cuáles eran esas causas. La unidad era prestada, era

(1) HERDER, *Filosofía de la Historia*, p. 447.

(2) THIERRY, *Historia de la conquista de Inglaterra*, libro II. *Cartas sobre la histor. de Franc.*, XI.—La misma idea se encuentra en HERDER, *Filosofía de la Historia*, p. 445.—LEO, *Historia Universal*, tomo II, p. 106.—SISMONDI, *Histor. de la decadencia del imperio romano*, t. II, p. 123.

(1) ASTRONOM., *Vita Ludovici* (PERTZ, II, 633): «Diffidens Franci, magisque credens Germanis.—Omnis Germania eo confutur, Imperatori auxilio futura.»

(2) NITHARD., *Hist.*, IV, I (PERTZ, II, 633): «In qua divisione non tantum fertilitas aut aqua portio regni, quantum affinitas et congruentia cuiusque aptata est.»

un despojo de Roma que los conquistadores querían restablecer en provecho suyo, siendo impotentes para sostenerlo. Bajo la apariencia de la unidad se formaron sociedades locales, fundadas en la posesión del suelo y en las relaciones de dependencia personal; aquellos círculos limitados estaban más en armonía con el espíritu de los Germanos que los grandes Estados. Hé aquí por qué el imperio hizo lugar al feudalismo (1).

§ II.—Apreciación de la unidad carlovingia.

Florus, diácono de la iglesia de Lyon, durante los reinados de Luis el Bondadoso y Cárlos el Calvo, deplora la disolución del imperio en una elegía en versos latinos. "Un hermoso imperio florecía bajo una brillante diadema; no había más que un príncipe y un pueblo: el amor de una parte, de otra el temor, mantenían por todas el concierto y la armonía; de este modo la nación franca resplandecía á los ojos del mundo entero. ¡Dichoso si hubiese conocido su felicidad el imperio que tenía por ciudadela á Roma y por fundador al Portero del Paraíso! Decaída ahora esa gran potencia, ha perdido á la vez su brillo y el nombre del imperio. El reino, hace poco tan bien unido, se ve fraccionado en tres lotes, sin que haya quien pueda ser considerado emperador; en lugar de rey, se ve un reyecillo; en lugar de reino, un pedazo de reino. El bien general está anulado; cada uno se ocupa de sus intereses, y excepto en Dios, en todo se piensa. Ya no hay asamblea del pueblo, ya no hay leyes. ¿Qué va á ser de los pueblos vecinos del Danubio, del Rhin, del Ródano, del Loira y del Pó? Antiguamente unidos todos por los lazos de la concordia, ahora, que se ha roto la alianza, se verán afligidos con tristes discordias. ¿Qué fin pondrá la cólera de Dios á todos estos males? Apenas hay alguno que piense en ello, que medite en lo que pasa y se aflija por ello; más bien se regocija todo el mundo por el desgarramiento del imperio, y se llama paz á un orden de cosas que no ofrece ninguno de los frutos de la paz" (2).

Los cronistas de la Edad Media ven en la disolución del imperio la mano vengadora de Dios: "Cuatro reyes reinaron entónces en el reino de Carlo-Magno; y, como dice el profeta, la causa de que haya muchos reyes consiste en los pecados de la tierra" (1). Los historiadores modernos lamentan igualmente las particiones que fraccionaron la unidad carlovingia: "¡Cuántos raudales de sangre, exclama Leibnitz, se hubieran evitado al pueblo cristiano, si el imperio de la tierra hubiese sido confiado á uno solo, si los reyes actuales y futuros hubiesen sido los vasallos del emperador y hubiesen estado sometidos á las asambleas nacionales de los Francos!", "La barbarie de la Edad Media, dice el docto Guérard, fué la consecuencia fatal del fraccionamiento de la monarquía carlovingia: si los sucesores de Carlo-Magno hubiesen marchado por la senda que éste les abrió, la humanidad no hubiera tenido precisión de pasar por la anarquía feudal para llegar al renacimiento" (2).

La filosofía de la historia no puede participar de esos sentimientos; allí donde hay disolución y muerte aparente descubre un germen de vida y de progreso. Si hombres de gran talento han deplorado la ruina de la unidad carlovingia, es porque se habían formado un falso ideal de la unidad romana, restablecida por Carlo-Magno. Á pesar de toda su magnificencia, la unidad romana terminó en una irremediable decrepitud. La unidad carlovingia, pálida copia de la de Roma, tuvo la misma suerte. ¿Qué era realmente el imperio de Carlo-Magno en sus relaciones exteriores y en su organización social?

El Monje de San Gall refiere que, hallándose Carlo-Magno en una ciudad de la Galia, unos barcos escandinavos se acercaron á piratear hasta el puerto: los unos creían que eran comerciantes judíos ó africanos; otros decían que eran bretones: "No son comerciantes, dijo el emperador, sino crueles enemigos." Los Normandos se alejaron

¡Que ha roto en pedazos y dividido en fragmentos un imperio apacible y compacto! ¡Que ha violado los derechos más santos entre hermanos, roto los vínculos de la sangre, sembrado por doquiera la discordia y la hostilidad entre conciudadanos!... De ahí las guerras civiles y más que civiles que diariamente van á surgir... De ahí las incursiones de los pueblos paganos y enemigos nuestros, la degollación del infeliz pueblo, el incendio de las villas y condados... (Traduc. de LEHUERON, *Instituciones meroving.*, p. 597).

(1) *Annal. Xantens.*, ad a. 869 (PERTZ, II, 223).

(2) LEIBNITZ, *Annal.*, t. I, p. 482.—GUÉRARD, *Político*, tomo I, página 204.

apresuradamente de la costa que protegía Carlo-Magno con su presencia. Pero el emperador, al levantarse de la mesa, se asomó á la ventana que daba al Oriente y permaneció allí largo rato con el semblante inundado de lágrimas; y como nadie se atreviese á preguntarle, se volvió para los grandes que le rodeaban y les dijo: "¿Sabeis, mis amados fieles, por qué lloro tan amargamente? Pues no temo por mí á esos piratas; pero si me aflige el que se hayan atrevido á insultar estas costas viviendo yo. Y me aflige dolorosísimamente, porque preveo todos los males que causarán á mis descendientes y á sus pueblos," (1).

El temor que una banda de piratas inspiraba al jefe de un imperio que abrazaba casi toda la Europa, prueba que la tan decantada unidad carlovingia no tenía la fuerza que se le supone. El mal sobrepujó aún á los temores de Carlo-Magno; los Normandos asolaron la monarquía á fuego y sangre: "Destruyen las ciudades, dice un cronista, arrasan los monasterios y las iglesias. Perecen por la espada ó por el hambre los servidores de Dios, y los habitantes de los campos desaparecen," (2). Al ver los caminos cubiertos de cadáveres de clérigos y de legos, de nobles y de siervos, de mujeres y de niños, los cronistas creyeron que iba á llegar el último día de la cristiandad (3). ¿Quién era, pues, aquel terrible enemigo? Ya no le constituían pueblos en masa, como los innumerables Bárbaros que se atropellaron sobre el imperio romano, eran bandas de 500 y de 200 piratas (4). ¡Y en parte alguna del inmenso imperio que devastaban encontraban resistencia! El hecho sería increíble, si los contemporáneos, víctimas de sus incursiones, no lo atestiguaran. Á cada página de los anales se lee: "Los Normandos matan, saquean, incendian, y nadie les resiste," (5). Los Normandos miraban con gran desprecio á los Fran-

(1) MONACH. SANGALLENS., II, 22 (PERTZ, II, 757).

(2) *Annal. Fedastini*, ad a. 882 (PERTZ, II, 200).

(3) *Populum christianum usque ad interuicem devastari*. (PERTZ, I, 521.)

(4) *Annal. Bertiniani*, ad a. 885 (PERTZ, I, 470).

(5) *Annal. Fuldens.*, ad a. 853: *«Nemine resistente»* (PERTZ, I, 358); *id.*, ad a. 888 (PERTZ, I, 371): *«Nemine scutum opponente.»*—*Annal. Fedastini*, ad a. 882: *«Normanni totum regnum ferro et igne devastant, nemine sibi resistente.»*—Ad a. 885: *«Normanni populum christianum necant, captiuaunt, nemine resistente.»*—Ad a. 887: *«Datoque tributo, quia nullus erat qui eis resisteret.»*—Las palabras *nullo resistente* se encuentran á cada línea en los mismos Anales por los años 889, 896, 897 (PERTZ, II, 201, 203, 205, 208).

cos, señores del Occidente. Cuando Cárlos el Calvo reunió un inmenso ejército para combatirlos, los piratas insultaron á sus enemigos: "¿Para qué habeis de venir á nosotros? Ya sabemos lo que sois; ¿quereis que vayamos á buscaros? Pues irémos," (1). El emperador no encontró más que un medio de resistir á aquellos bandidos, y fué el pagarles sus piraterías, dándoles diez millones en ocho años. Los Normandos, en su insolente orgullo, exigieron además de él que les devolviese los prisioneros francos que se les habían escapado y que les pagase una indemnización por cada Normando muerto (2). Otro emperador recurrió al asesinato para libertarse de un jefe de piratas (3).

Los historiadores explican de diverso modo aquella postración de un grande imperio, aquella flaqueza de una nación que acababa de conquistar la Europa. Unos acusan á los grandes y á los reyes de complicidad con los Normandos (4). Otros acusan de cobardía á los Francos; un monje contemporáneo se lamenta de que las huestes huían ántes de que comenzase la batalla, y los mismos Normandos decían que en el país de los Francos, los muertos tenían más coraje que los vivos (5). Sismondi explica la cobardía de una nación en quien parece innato el valor por la servidumbre á la cual había reducido á las masas la casta privilegiada (6). Nosotros creemos que la verdadera causa de la flaqueza de un gran imperio, en presencia de un puñado de piratas, era la disolución de la sociedad. La sociedad era víctima de la anarquía y del bandolerismo en lo interior: hé aquí por qué no tuvo fuerzas para rechazar á los Normandos (7).

(1) *Annal. Fedastini*, ad a. 885 (PERTZ, II, 201).

(2) *Annal. Bertiniani*, ad a. 886 (PERTZ, I, 471).

(3) REGINON, *Chron.*, ad a. 885 (PERTZ, I, 535).

(4) HINGMAR acusa á los grandes del reino de haber rehusado su concurso para combatir á los Normandos (BALUZE, II, página 102 y sig.) En sus Anales (PERTZ, I, 470), HINGMAR acusa á Lotario de complicidad con los Normandos. La misma acusación hace al rey Luis la *Chronica S. Benigni Dicionensis*, ad a. 848 (BOUQUET, VII, 230).

(5) El duque Ragner, al dar cuenta al rey de los Daneses de la toma de París, dice que no había encontrado resistencia más que en la casa de un viejo llamado GERMAN, muerto hacía mucho tiempo, en la cual había entrado. AIMON cuenta con ese motivo un milagro de San German, que castigó á los Normandos por el robo de su iglesia (*Miracula S. Germani*, c. 12, BOUQUET, t. VII, 350).

(6) SISMONDI, *Hist. de los Franceses*, t. III, p. 192.

(7) *«Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur.»* LOUP, abad de Ferrieres, cita estas palabras de San Lucas (XI, 17), al hablar de la invasión de los Normandos (*Epist.* 31, ad *Guenton. Episc.*, en BOUQUET, VII, 491).

Nithard, uno de los mejores historiadores del siglo IX, dice que Carlo-Magno hizo la dicha de todo el imperio (1). No ponemos en duda la buena voluntad del gran emperador; pero, á pesar de todo su poderio, fué impotente para proteger á los débiles contra las violencias de los grandes. Su amigo y su admirador Alcuino es el que lo dice (2). Uno de los primeros actos de Luis el Piadoso fué enviar comisarios á todas las partes del reino para oír sus agravios y ponerlos enmienda: "Los comisarios, dice un contemporáneo, encontraron una multitud de oprimidos, despojados de su patrimonio y privados de su libertad, opresión que ejercían inicua y cruelmente gobernadores injustos, condes y vizcondes. El emperador devolvió su patrimonio á los oprimidos y libertó á los que habían sido reducidos á inicua servidumbre... Esto duró bastante tiempo," (3).

El mal que Luis el Bondadoso comenzó á reprimir aumentó durante las guerras civiles que afligieron su reinado. El mismo se lamenta de las empresas criminales de los tiranos que se levantaban en el reino y que amenazaban romper la unidad (4). Las guerras privadas (5), las violencias de los grandes, las revueltas de los oprimidos, acabaron por entregar el imperio en manos del bandolerismo, y en lugar de proteger á la sociedad, los condes y los jueces protegían á los malhechores y se asociaban á ellos. Casi todas las capitulares de Cárlos el Calvo están dirigidas contra los bandoleros (6). Los conciliados lanzan ayes de angustia, y recurren á las imágenes de la Biblia para pintar la abominación de la desolación: "Las profecías se cumplen: *Vuestro país no es más que desolación y vuestras ciudades fuego y sangre; los extranjeros de-*

voran en vuestra presencia vuestro país. La espada ha penetrado hasta el corazón, *porque los extranjeros se han levantado contra mí, y gentes violentas, que no tienen á Dios ante sus ojos, quieren mi vida,*" (1). Á fin del siglo IX, los ayes son todavía más lastimosos. "Los bandidos, dice una capitular de 883, cometen impunemente toda especie de excesos; el mal ha llegado á ser general; se olvidan las palabras de Dios: *Los devastadores no heredarán el reino de los cielos.* Se está cumpliendo en nosotros mismos la profecía de Isaías: *Cada uno devorará la carne de su brazo.* Nosotros despojamos á nuestros hermanos. Hé aquí por qué somos presa de las piraterías de los Normandos. ¿Cómo habríamos de vencerlos cuando marchamos contra ellos rebosando en la sustancia de los nuestros y saciados de sangre de cristianos?" (2). La disolución era la misma en todas las partes del imperio, en Alemania, en las Galias, en Italia. La fuerza brutal dominaba (3); había guerra de todos contra todos, era una anarquía espantosa (4).

¿Cuáles fueron las causas de aquella disolución interior que minaba la sociedad? El *Monje de San Gall*, para exaltar la gloria de su héroe, compara con el imperio de los Romanos el imperio de los Francos: "El Omnipotente, despues de haber hecho pedazos al coloso con piés de barro del imperio romano, ha levantado, con las manos del ilustre Cárlos, otro coloso no ménos admirable con cabeza de oro, el del imperio de los Francos," (5). La comparación no es tan gloriosa como lo creía el cronista franco; las dos monarquías universales tenían los piés de arcilla. Cuando la invasión de los Bárbaros, el mundo romano se hallaba ya en disolución; y sin fuerza para resistir á los enemigos, se moría de inanición. ¿Cuál era la causa de aquella postración? La esclavitud y la absorción de las nacionalidades. Los Bárbaros tenían la misión de fundar las naciones y de destruir la esclavitud.

(1) NITHARD, *Hist.*, I, 1 (PERTZ, II, 651).

(2) ALCUINO, *Carmen* 271 (BOUQUET, V, 413).

«Opprimit et miseris quorundam sveva potestas... Impune discurrent facientes furta latrones Ultiores scelerum sunt etiam socii.»

(3) THEGAN., *Vita Ludovici*, c. 13 (PERTZ, II, 533). Cf. ERMOLDI NIGELLI, *Carmen*, II, 173 y sig. (PERTZ, II, 481 y sig.).—Véanse las quejas de los concilios á Carlo-Magno sobre la opresión que sufrían los pobres (*Conc. Turon.*, 813, c. 44, 45; MANSI, XX, 983).

(4) *Epist. gener.*, a. 828 (BAL., I, 659): *«Sape scandala per tyrannos in hoc regno exurgunt, qui pacem populi christiani et unitatem imperii sui pravitate nituntur scindere.»*

(5) El concilio de París de 829 dice al emperador: *«Hay quienes, para satisfacer sus odios y las malas pasiones que les animan, con gran detrimento de la paz del reino, se abrogan indebidamente el derecho de castigar y de matar, bajo el pretexto de vengar á sus parientes.»* (MANSI, XIV, 600).

(6) *Capitul.* a. 833, tit. XIV, c. 3 y sig. (BALUZE, II, 65).—*Capitul.* a. 857, de *Raptoribus* (Id., II, 62).

(1) *Capitul.* a. 882, 861, tit. 31 (BALUZE, II, 153).

(2) BALUZE, II, 283 y sig.—Cf. *Concil. Tullense*, II, Præfat. (MANSI, XV, 557): *«Peccatis nostris agentibus, omnes leges, tam divine quam humane, contempte sunt omnisque ordo religionis confusus, solumque maledictum, et mendacium et adulterium, et homicidium inundaverunt, et sanguis sanguinem tetigit, et propterea vorata est terra, et infirmatus est omnis qui habitat in ea.»*

(3) Præfatio del concilio de Miguncia de 888 (MANSI, XVIII, 61).—Cf. *Concil. Troslej.*, a. 909, Præfat. (MANSI, XVIII, 265): *«Potentior viribus infirmiorum opprimit et sunt homines sicut pisces maris qui ab invicem devorantur.»*

(4) LEO, *Hist. de Italia*, lib. III, c. 2, § 3.

(5) MONACH. SANGALL., de *Gestis Caroli*, I, 1 (PERTZ, II, 731).

vitud. Un nuevo orden social debía reemplazar al antiguo; la sociedad romana tenía, pues, que perecer. ¡Vana tentativa la de Carlo-Magno! ¡Empeñarse en resucitar el imperio! La sociedad continuó disolviéndose: era de necesidad; pero la disolución produjo una flaqueza que se aproximaba a la atonía, y fué acompañada de males que hacen de los siglos IX y X el más triste período de la historia. Sucumben los hombres libres, sucumbe el Estado. Por donde quiera no hay más que opresión y tiranía locales. En medio de esa decadencia hay un germen de progreso; pero no se desenvolverá más que bajo el régimen feudal. Entre tanto todo parecía morir, y el mundo entero esperaba la muerte.

Comprendemos bien los lamentos que esa muerte universal inspiró a los espíritus levantados que de ella fueron testigos. Nada más triste que las épocas de decadencia y de transición. Nosotros asistimos a una transformación análoga, pero que se verifica, al menos, en el seno de la paz y de la civilización. El desmembramiento del imperio franco y la muerte del mundo antiguo se verificaron en medio de la barbarie. Entre tanto, y sin dejar de compadecer a los hombres del siglo IX, no podemos maldecir con ellos a los débiles sucesores de Carlo-Magno; antes bien, nos felicitamos de que el gran emperador no tuviera sucesores dignos de él; los Carlo-Magnos no hubieran hecho más que detener una disolución que era necesaria en interés de la humanidad. Tampoco podemos maldecir con ellos las invasiones de los Bárbaros del Norte y del Mediodía; Dios envió a los Normandos, a los Húngaros y a los Sarracenos, como un huracán, para poner fin a un mundo que debía perecer. No, nosotros no podemos maldecir, con los historiadores modernos, la barbarie que sucedió a la ruina de la antigua sociedad, porque la cultura romana no era más que decrepitud y corrupción; si se hubiera mantenido, habría infestado y gastado a los Bárbaros. La disolución era un hecho providencial. Los largos sufrimientos de las poblaciones no fueron estériles. La monarquía universal está destruida; las naciones van a nacer, y esas naciones no serán ya una estrecha aristocracia de ciudadanos que tienen bajo de ellos un mundo de esclavos, sino que serán sociedades de hombres libres (a).

(a) Declaro que me sucede lo que a EDGAR QUINET: ese implacable fatalismo me desorienta y me produce vértigo. Ese continuo esfuerzo de hallar en todo progreso y gérmenes de

§ III.—Carlo-Magno.—Su misión.

Oigamos la voz de los siglos acerca de la grandeza de Carlo-Magno. El rudo vencedor de los Sajones halló entre los vencidos un cantor de su gloria: "La tierra, dice el poeta sajón, no verá jamás otro igual a él," (1). La humanidad parece haber confirmado tan magnífico elogio. En la Edad Media se hizo de Carlo-Magno un ideal. La tradición acumuló sobre él todo lo que hubo de grande después de él, todo lo que pudo crear de grandioso la imaginación: brilló como una estrella solitaria en medio de una noche profunda. La Iglesia le colocó en el número de los santos.

En los tiempos modernos, los más opuestos partidos han tenido elogios para Carlo-Magno. Los teócratas le celebran "como uno de los más grandes hombres que hayan existido; un hombre tan grande, que la grandeza ha encarnado en su nombre, y la voz del género humano le ha proclamado grandeza en lugar de grande," (2). La aristocracia idealiza a Carlo-Magno y a su tiempo: "Roma, dice el conde de Boulainvilliers, no ha tenido nunca más grandeza y brillo que la sabiduría que ese monarca acumulaba en su nación reunida en parlamento... Carlo-Magno es el único de nuestros reyes que merece el bello título de Grande," (3). La democracia coloca al rey de los Francos entre los defensores de la libertad: "Que se examine de cerca la conducta de Carlo-Magno, dice Mably, y se le verá siempre atento a respetar escrupulosamente la libertad que había devuelto a su nación, con la mira de destruir en ella el espíritu de servidumbre y de tiranía, y de convertirla en instrumento de las grandes cosas que él meditaba," (4).

La filosofía proclama la grandeza de Carlo-Magno por el elocuente labio de Montesquieu: "El príncipe era grande, el hombre lo era aún más

libertad en medio de las más horribles tiranías, ofende de tal modo los sentimientos morales, que, aun cuando fuera cierto que habíamos alcanzado el bien—de lo cual estamos lejos—por tantos siglos de barbarie y de horrores, mi conciencia se rebelaría contra ese fatalismo que todo lo justifica y todo lo encuentra progresivo, conveniente, óptimo y necesario.—(N. del T.)

(1) POETA SAXO, de *Gestis Caroli Magni*, véase 644 (PERTZ, 273).

(2) DE MAISTRE, *del Papa*, lib. II, c. 6.

(3) BOULAINVILLIERS, *Hist. del antiguo gobierno de la Francia*, t. I, p. 112, 218, 210, 211.

(4) MABLY, *Observaciones acerca de la historia de Francia*, libro II, c. 2.

Hizo admirables reglamentos... Se ve en las leyes de este príncipe un espíritu de previsión que todo lo abarca y cierta fuerza que todo lo supera... Vasto en sus designios, sencillo en la ejecución, nadie poseyó en más alto grado que él el arte de hacer las más grandes cosas con facilidad y las difíciles con prontitud.,

La literatura, desde los poetas de la Edad Media (1), no ha cesado de celebrar al restaurador de las letras: "Carlo-Magno es un héroe civilizador como Alejandro; si éste helenizó el Oriente, Carlo-Magno latinizó el Occidente: ambos a dos han sido saludados con el epíteto de Grandes como bienhechores de la humanidad. La grandeza de Carlo-Magno se cifra en haber trabajado para los siglos futuros y haber impulsado a la sociedad moderna hacia los caminos por donde debía marchar. La antorcha que ha encendido no se ha apagado, y sólo se extinguirá con el sol," (2).

No han faltado tampoco los historiadores a formar parte de ese unánime concierto. *Sismondi*, poco favorable a los Germanos, dice que Carlo-Magno ofrece uno de los más grandes caracteres de la Edad Media... Adelantándose a la civilización, dominó sobre los Bárbaros por la fuerza de su genio y por sus luces... Arrastró tras de sí a las naciones germánicas por la senda de la civilización... Echó los cimientos de un nuevo orden para la Europa," (3).

¿Quién se atrevería a oponerse en contra de la opinión del género humano? Sin embargo, cada siglo rehace la historia del pasado; las apreciaciones históricas cambian con el progreso de las ideas. El ideal del siglo XIX no es ya el de los siglos anteriores; y sin dejar de reconocer la grandeza de Carlo-Magno, no dirá ya que el emperador fué más grande como hombre que como príncipe; no se prosternará ante un santo cuya moralidad es sospechosa y que impuso el bautismo de sangre a todo un pueblo; no admirará al legislador cuyas leyes fueron impotentes para proteger la libertad contra la violencia; no irá a buscar al siglo VIII un defensor de la democracia; la restauración de la civilización romana será a sus ojos un título de gloria muy exiguo. Todos aquellos elogios están inspirados por el espíritu de partido y por las preocupa-

(1) Un poeta del siglo IX dice de Carlo-Magno: "Summus apex regum, summus quoque in orbe sophista" (BOUQUET, tomo V, página 399).

(2) AMPÈRE, *Hist. literaria de Francia*, t. I, p. 21; tomo III, página 19.

(3) SISMONDI, *Hist. de las repúblicas italianas*, t. I, c. 1.

ciones más que por la verdad. ¿Cuál fué, pues, la misión de aquel a quien la humanidad ha proclamado Grande por excelencia?

Las monarquías universales tienen su misión, aun cuando violen las leyes de la naturaleza humana. Roma preparó las vías al cristianismo, y ese beneficio justifica su dominación. Pero no se suscitó a la fatalidad que pesa sobre toda monarquía universal; degradó y envileció a los pueblos. Los Bárbaros estaban llamados a devolver la vida a la moribunda humanidad, depositando en el imperio los gérmenes de las nuevas naciones. La reconstrucción del imperio era, por lo tanto, un retroceso infeliz hacia lo pasado, una empresa contraria a la lógica de la historia y a los designios de la Providencia. Por eso la obra de Carlo-Magno fracasó: se disolvió su imperio, y su centralización dejó el puesto al feudalismo. Felizmente para el porvenir del género humano, porque aquel imperio germánico iba ya produciendo los mismos males que el imperio romano, la opresión, la despoblación y la decrepitud. Pero si el edificio político de Carlo-Magno vino al suelo, ¿querrá eso decir que el emperador haya llenado en vano el mundo con su nombre? No, ha fundado la civilización europea, llevando el cristianismo a los pueblos bárbaros de la Alemania y consolidando el papado. El mismo Carlo-Magno comprendía que su destino estaba íntimamente ligado al del cristianismo, y escribiendo al papa Leon, le decía: "Tengo el cargo, con el socorro de la misericordia divina, de defender con las armas por todas partes la Santa Iglesia de Cristo contra los ataques de los paganos y el estrago de los infieles, y de consolidarla en el interior y en el exterior con la profesión de la fe católica," (1). Sin embargo, aun como defensor de la Iglesia, el rey de los Francos no ha tenido más que una misión temporal. Si las relaciones de la Iglesia y del Estado hubieran continuado siendo tales como existían en tiempo de Carlo-Magno, los emperadores se habrían convertido en califas. Carlo-Magno ha preparado, sin quererlo, las vías al papado. De este modo se ve que el más grande de los príncipes ignoraba el fin hacia el cual caminaba. La grandeza del hombre, puesta enfrente de los destinos del género humano, no es más que pequeñez; su gloria no es más que vanidad. Dios sólo es grande.

(1) *Epist. ad Leonem Pap.* (BALUZE, I, 274).